



REVISTA DE LIBROS

Relecturas

La vida cotidiana de la clase trabajadora desde un punto de vista cultural. A sesenta años de la primera edición de *The Uses of Literacy* de Richard Hoggart

María Graciela Rodríguez

Instituto de Altos Estudios Sociales – Universidad Nacional de San Martín

banquo@fibertel.com.ar

Fecha de recepción: 20/06/2017

Fecha de aprobación: 27/06/2017

Hace sesenta años se publicaba en el Reino Unido *The Uses of Literacy*¹, el libro de Richard Hoggart que muchos reseñistas han clasificado como inclasificable: como una búsqueda de explicaciones frente a los problemas del cambio cultural, o como un mix entre la sociología de la cultura, la crítica literaria y la antropología. El propio Hoggart advierte en la introducción que el libro “no pretende ser un estudio sociológico de carácter científico”², y de ese modo también abre la posibilidad de pensar cómo estudiar la cultura en sus propios términos y, por lo tanto, presenta herramientas novedosas.

1 *The Uses of Literacy: Aspects of Working-class Life, with Special Reference to Publications and Entertainments*, Londres, Chatto & Wondus, 1957.

2 Hoggart, Richard: *La cultura obrera en la sociedad de masas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, p. 33.

Porque de eso se trata el gran impacto del libro que este año está cumpliendo sesenta años: de estudiar a la cultura desde su núcleo constitutivo y no como “variable” o epifenómeno de otras dimensiones, acaso sobreponderadas hasta ese momento. Un momento en que el propio contexto social exigía salir de los claustros³ e ir a escuchar y ver qué estaba pasando en las calles (movimiento anti-guerra de Vietnam, black power, ecologismo, un socialismo democrático anticapitalista), así como también tomar nota de lo que sucedía en la cultura popular-mediática, que acompañaba fuertemente el protagonismo de la cultura juvenil. La propia creación en 1964 del Centro de Estudios Culturales Contemporáneos (CCCS por sus siglas en inglés: *Centre for Contemporary Cultural Studies*) fue una respuesta institucional tanto a los cambios culturales “que parecían introducir el desorden del mundo en la agenda académica”⁴, como a los desafíos que estos cambios planteaban a la práctica misma del ejercicio intelectual.

De manera similar a Raymond Williams, Hoggart se pregunta cómo era vivir en cierto momento y en cierto lugar. Y en su trayecto hacia la reconstrucción de la experiencia de “millones de personas”, acercándose a ese esquivo concepto williamsiano de *estructura de sentimiento*, elige dos vías: la de la vida cotidiana y la de los textos. Entiende que allí, en esa trama, es posible encontrar el complejo campo de valores que tejen la relación entre la cultura “obrera” (tal el nombre otorgado por Hoggart) y la creciente multiplicación de ofertas de la industria cultural que, en su opinión, estaban operando en el Reino Unido “una transformación hacia una sociedad ‘sin clases’ desde el punto de vista cultural”⁵.

Según Grossberg, la concepción de Hoggart era que la indagación sobre los productos culturales “ponía a disposición de aquellos que estaban entrenados para encontrarlo un tipo de conocimiento social particular que no es accesible por otros medios”⁶. Un conocimiento no positivista sino acaso intuitivo pero que intenta llegar a las subjetividades de aquellos sobre los que se está hablando. En el contexto de un difusionismo impactante de la producción de bienes culturales

3 Hall, Stuart: *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*, editado por Eduardo Restrepo, Catherine Walsh y Víctor Vich, Popayán, Instituto de estudios sociales y culturales Pensar, Universidad Javeriana, Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador, Envión Editores, 2010.

4 Grossberg, Lawrence: *Estudios culturales en tiempo futuro*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012, p. 26.

5 Hoggart, *op. cit.*, p. 41.

6 Grossberg, *op. cit.*, p. 26.

norteamericana en el Reino Unido, Hoggart intenta poner en tensión la relación entre la cultura popular y la cultura mediática. En cierto modo, esto equivale a un gesto pionero de concebir a la cultura en su articulación con la sociedad, es decir, intrínsecamente interdependientes. Y ese es el gesto reivindicado por la sociología de la cultura y los estudios culturales.

No obstante, Hoggart no se queda en el análisis de esas ofertas, sino que va a la búsqueda de entender cómo afectan los cambios sociales de las clases trabajadoras, referidos a las mejoras en las condiciones de vida producto del estado de bienestar de posguerra en el norte de Inglaterra, y la incidencia de la cultura mediática en esos cambios. Hoggart hace dos movimientos: en primer lugar, reconstruye los modos de vida que sostienen a esa cultura de clase; y en segundo lugar, indaga en el repertorio de ofertas culturales que propone la industria para su consumo. Y si bien estos dos movimientos parecen, a simple vista, ingenuos, escindidos y a-críticos, el gran objetivo de Hoggart —acaso sólo parcialmente cumplido— es ponerlos en diálogo, para explicar(se) las complejas modificaciones que estaban ocurriendo en las experiencias de la vida cotidiana de sectores que, en los años cincuenta, no eran sólo objeto de políticas de bienestar sino además objeto de interés por parte de un sector corporativo que producía bienes culturales. Buscará allí una suerte de hiato entre “la forma en que los productores de cultura ven la cultura de la clase trabajadora (es basura pero eso es lo que les gusta) y la forma en que la ven los consumidores (es basura pero es lo que hay)”⁷.

No obstante, y a pesar de su apariencia apocalíptica, la hipótesis de Hoggart da cuenta de un tono distinto, más cercano a la terquedad y persistencia en el tiempo de los atributos propios de la cultura popular frente a la incorporación de los sentidos propuestos por la industria cultural —de hecho menos laxa y a-crítica de lo que se suele suponer— que a sus catastróficas consecuencias. “Las actitudes se modifican más lentamente de lo que advertimos”, dice Hoggart⁸, y también: “está claro que las actitudes ‘más antiguas’ no existen únicamente en los adultos y los mayores sino que también constituyen un telón de fondo en la vida de la generación más joven. El interro-

7 Hanley, Lynsey: “Introducción”, en Richard Hoggart: *La cultura obrera en la sociedad de masas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, pp. 13-14.

8 Hoggart, Richard: *op. cit.*, p. 41.

gante que planteo a lo largo de este ensayo es cuánto tiempo más continuarán siendo tan rotundas como lo son en la actualidad y cómo se están modificando”⁹.

“Mucho se ha escrito”, sostiene luego, “sobre la influencia de los ‘medios de comunicación’ en la clase trabajadora. Pero si escuchamos hablar a los trabajadores en la casa y en el trabajo, probablemente no nos sorprenda tanto la evidencia de cincuenta años de prensa y cine popular como el poco efecto que estos han tenido en el habla cotidiana, la medida en que los trabajadores aún se nutren de la tradición oral y local en el habla y en los supuestos para los que el habla es la guía”¹⁰. Por eso mismo, va a “escuchar” a esos trabajadores. Y como se trata de una exploración sobre cambios culturales, el criterio que utiliza para definir su grupo de estudio no son los indicadores socio-económicos, sino los rasgos “menos tangibles de la clase trabajadora”¹¹: el habla, la ropa, los dichos y refranes, el hábito de comprar en cuotas, los pequeños oficios o habilidades. A ese conjunto lo llama “Nosotros” por contraposición al “Ellos”, compuesto este último por un heterogéneo caudal de personajes “numerosos y con poder que tiene influencia en su vida [en la de los sectores populares] en casi todos los aspectos: el mundo se divide entre ‘ellos’ y ‘nosotros’”¹².

A partir de ese recorte, y con una escritura tersa que convoca a una lectura fácil e interesada, transita en la primera parte del libro por una colorida descripción de actitudes, valores y sentidos comunes que serían no sólo propios de la clase trabajadora sino, además, obstinados y resistentes a los cambios. Se vale para ello de recuerdos, evocaciones, pequeñas anécdotas, retazos de conversaciones y observaciones informales, que terminan constituyendo una diversidad relativamente homogénea de rasgos en común, constantes en una uniformidad que admite y tolera ligeras variaciones. Estas evocaciones le permiten, por un lado, reconstruir la minucia de “una selva interminable llena de detalles mínimos variados pero parecidos”¹³; y por el otro, sostener su hipó-

9 *Ibid.*, p. 50. Una formulación relativamente similar pero contextualizada y problematizada desde la antropología, es la que plantearían, veintinueve años después y en clave local, Míguez, Daniel y Semán, Pablo: “Introducción. Diversidad y recurrencia en las culturas populares actuales”, en Míguez, Daniel y Semán, Pablo: *Entre cumbias, santos y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*, Buenos Aires, Biblos, 2006.

10 Hoggart, Richard: *op. cit.*, p. 55.

11 *Ibid.*, p. 47.

12 *Ibid.*, p. 96.

13 Hoggart, Richard: *La cultura obrera en la sociedad de masas*, Barcelona: Grijalbo, 1990, p. 28.

tesis respecto de la lentitud de los cambios culturales en la vida cotidiana del norte industrial de Inglaterra en los años cincuenta.

Porque si el “nosotros” se puede describir a partir de sus detalles, estos detalles sugieren actitudes en tanto sentimientos no reflexivos antes que “conciencia de clase”¹⁴, que van conformando los límites del grupo y orientan su control: la desconfianza (ante los representantes del “ellos”); el respeto y la autoestima (dignidad, independencia, oficio); un realismo lindante con el fatalismo (ausencia de ambiciones, tolerancia hacia conductas levemente “desviadas”); las relaciones comunitarias (camaradería, solidaridad, amabilidad); el hogar (la familia, los roles de género, la intimidad). Estas actitudes serían el motor del apego a la propia cultura frente a las transformaciones sociales y mediáticas. Aún más, sostiene Hoggart que “el profundo sentido de la importancia del hogar asegura la lentitud del cambio”¹⁵.

Esta reconstrucción (hecha tanto de observaciones de primera mano como de recuerdos y evocaciones) da cuenta de un “nosotros” analizado en sus propios términos —y casi esencializado, convengamos— que se define por una exterioridad: el “ellos”. El título del capítulo 3 del libro (“‘Ellos’ y ‘Nosotros’”) es engañoso porque sugiere una perspectiva relacional pero en verdad termina siendo sustancialista: en su análisis no aparece la relación hegemónica ni los conflictos velados o explícitos. El “ellos” es una figura coral y no un actor principal; ni siquiera es un coro griego porque el eco de sus voces nunca se escucha. La colocación del “ellos” en el argumento hoggartiano se ofrece como contrafigura sólo a los fines de la conformación del “nosotros”. De este modo, se extrae del estudio de Hoggart que la cultura obrera sería un sistema con elementos intrínsecos al grupo, que orientan el control interno y que se expresarían en un conjunto de estrategias usadas para preservar la dignidad frente a otro grupo que le sería hostil.

Las decisiones metodológicas tomadas por Hoggart, si bien pueden considerarse un modo creativo de indagación en un momento en que los caminos para el estudio de las dimensiones cul-

14 Si hay una conciencia, esta es de comunidad, y “surge de la certeza, alimentada por la convivencia, de que uno es inexorablemente parte de un grupo, de la calidez y la seguridad que otorga esa certeza, de la ausencia de cambios en el grupo y de la necesidad de ‘recurrir a un vecino’ porque, con frecuencia, los servicios no se pueden pagar” (Hoggart, *op. cit.*, p. 104).

15 Hoggart, *op. cit.*, p. 67.

turales de “clase” apenas se estaban balizando, resultaron también su debilidad: no pocas críticas recibió Hoggart por acudir a sus recuerdos para reconstruir el pasado. ¿Es posible validar un conocimiento sobre una cultura a través de memoraciones? Y también: ¿no se tensiona la “objetividad” al postular la operación analítica de conformar un “objeto de estudio” a partir de indicadores “blandos”? ¿Y en qué medida un estudio de este tenor ofrece explicaciones sobre el impacto que supuestamente estaría teniendo la cultura mediática sobre la cultura obrera?¹⁶

Precisamente: la segunda parte del libro tiene un tono casi de profecía apocalíptica que apunta contra la televisión, la radio, las revistas ilustradas, la música para bailar; pero que, sin embargo, no da pistas para entender la relación de la oferta mediática en general y la vida cotidiana de los sectores populares. Porque actualmente, con la profusión de medios de comunicación interactivos, ¿qué respuestas nos daría Hoggart para reflexionar sobre estas múltiples formas de dispositivos que operan en convergencia digital? ¿Seguiría sosteniendo la persistencia de los atributos de una cultura que él considera “auténtica”? Y también sobrevuela un interrogante que tiene que ver con definiciones más amplias sobre lo que se conoce —o se conoció¹⁷— como “cultura masiva”: ¿por qué sólo están incluidos en ella los productos del mercado de la cultura? La escuela, el mercado, el Estado, ¿no forman parte de la cultura masiva? Parecería que su preocupación excede

16 Al mismo tiempo, en mi opinión es necesario reavivar el debate respecto de la pregunta original de Hoggart: ¿cómo reconstruir los mundos imaginativos de los sectores populares en su interacción con las discursividades mediáticas? Las llamadas “investigaciones en recepción”, muchas de ellas llevadas a cabo por investigadores enrolados en los propios Estudios Culturales (por ejemplo, David Morley y Roger Silverstone, tal vez los más reconocidos), no lograron salir de la artificial noción de “audiencia”. Acaso haya sido una antropóloga, Lila Abu-Lughod, quien, cuarenta años después del libro de Hoggart, renueva sus interrogantes desde la perspectiva inversa: detectando en primer lugar la pregnancia de ciertos textos culturales en el discurso de sus entrevistadas en la vida cotidiana, para luego ir al texto —o textos— madre e, incluso, a los contextos —materiales, comerciales, tecnológicos— en que esos textos se producen. Es indispensable hacer una revisión que recorra el trayecto que va desde Hoggart a Abu-Lughod, para observar los baches, los desvíos y las decisiones metodológicas tomadas por las investigaciones en las últimas seis décadas, y renovar, de este modo, la pregunta por las relaciones entre la cultura popular y la mediática.

17 Valga este uso del pasado para señalar que el propio sintagma “cultura masiva” exige actualmente una profunda revisión, convertido en problemático “por las fuertes connotaciones del término ‘masas’ que indican anonimato, conformismo y homogeneidad” (Ang, Ien: “Respuesta a la Encuesta sobre la «Cultura de Masas»”, en *Cuadernos de Información y Comunicación*, N° 9, 2004, p. 166), en función de los cambios en las modalidades (tecnológicas, informativas, políticas y sociales) de la comunicación actual. O, como sostiene Verón: “no por ser grandes las grandes audiencias tienen los atributos implicados en la noción de ‘masas’ dada la creciente fragmentación de la oferta y de la demanda en los mercados culturales” (Verón, Eliseo: “Respuesta a la Encuesta sobre la «Cultura de Masas»”, en *Cuadernos de Información y Comunicación*, No. 9, 2004, p. 165).

la delimitación analítica —que formó parte de reflexiones muy posteriores al libro de Hoggart— y que rige su estudio: los medios de comunicación de masas frente a una cultura obrera que, desde su perspectiva, estaría siendo erosionada en sus núcleos fuertes de sentido, si bien con velocidades menos abruptas de las que se suponían en ese momento.

De todas maneras, no caben dudas de que *La cultura obrera en la sociedad de masas* inaugura una línea de investigación que enriqueció a las ciencias sociales; propuso salir del encierro textualista e ir al encuentro de los consumidores; abrió el debate sobre la relación cultura popular-cultura masiva¹⁸. Claro que la pregunta de Hoggart no era —como sí lo fue más tarde para una buena parte de lo que se conoce como la Escuela de Birmingham— qué hacen las personas con un texto, sino “qué relación tiene ese texto complejo con la vida imaginativa de los individuos que conforman su público”¹⁹ En cierta medida, Hoggart se ubica en una zona equidistante entre la sociología, preocupada hasta ese momento por definiciones cuantitativas de “la clase trabajadora”, y la crítica literaria, dedicada al estudio de cuestiones formalistas de los textos²⁰.

Allí, en esa zona de interfaz entre la sociología y los estudios literarios, Hoggart encuentra la comodidad de su escritura: a medio camino entre su propia biografía, las evocaciones familiares y barriales y datos históricos y sociológicos, va enhebrando un ejercicio casi antropológico con un ejercicio casi literario. Y es necesario mencionarlo: su escritura es sumamente agradable, llevadera, suave, sin sobresaltos.

18 Y será Stuart Hall, segundo director del CCCS desde 1968 hasta 1979, quien le dará un giro decisivo a los estudios culturales, incorporando la tradición gramsciana para deconstruir la articulación política de la cultura. Por eso Hall, más que confrontar a la cultura popular con la cultura masiva, como hace Hoggart, las pone en relación con las posiciones hegemónicas de las fuerzas ideológicas y culturales en un contexto determinado. Para ampliar ver Hall, *op. cit.*

19 Hoggart, Richard: “Contemporary Cultural Studies: An Approach to the Study of Literature and Society”, Universidad de Birmingham, CCCS, 1969, p. 18. Citado en Grossberg, *op. cit.*, p. 28.

20 Al mismo tiempo, hay que señalar que Hoggart no desestimaba el estudio formal: “la literatura no es sociología, no es mero comentario sobre la naturaleza de la vida ni de la sociedad, sino que tiene que ver con la forma. La cuestión formal es sin duda una de las más arduas, pero hay que comenzar recalando que un poema es un poema y no otra cosa; que es, precisamente, una forma” (en Sarlo, Beatriz: “Entrevista a Richard Hoggart”, en Hoggart, Richard: *La cultura obrera en la sociedad de masas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, p. 264. Publicada originalmente en *Punto de Vista. Revista de Cultura*, Año 2, No. 6, 1979.) No obstante, su preocupación excedía la cuestión formal y apuntaba hacia los sentidos que las palabras extienden sobre los sujetos que son sus lectores.

Richard Hoggart fundó, en 1964, el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos en la Universidad de Birmingham. Una usina de ideas renovadoras sobre la cultura desde la izquierda, que funcionaba en una casa prefabricada ubicada en los límites del campus y que se cerró definitivamente en el año 2002. Hoggart fue su director entre 1964 y 1968, antes de ser convocado por la UNESCO. Murió el 10 de abril de 2014. La relevancia de su obra, en cambio, sigue vigente.